

Gardenias en el lago

Jane Kelder



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#GardeniasenElLago

Colección: Tombooktu Romance

www.romance.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Gardenias en el lago*

Autor: © Jane Kelder

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-92-5

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-93-2

ISBN Digital: 978-84-15747-94-9

Fecha de publicación: Marzo 2016

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-2477-2016

A mis padres, a Alberto, a Ramón, a Raquel,
a Toñi y a Nayra siempre.

A los profesores que me enseñaron a leer
y a los que me ayudaron a amar la lectura.

Al Club 16, a cada una de vosotras, por vuestra autenticidad.

A Mi rincón de lectura, por dar vida a la señorita Whittemore
y por vuestro apoyo.

A todos vosotros.

Índice



Prólogo	11
Capítulo I	13
Capítulo II	21
Capítulo III	29
Capítulo IV	37
Capítulo V	45
Capítulo VI	53
Capítulo VII	61
Capítulo VIII	69
Capítulo IX	77
Capítulo X	85
Capítulo XI	93
Capítulo XII	101
Capítulo XIII	109
Capítulo XIV	117
Capítulo XV	125
Capítulo XVI	133
Capítulo XVII	139
Capítulo XVIII	147

Capítulo XIX	155
Capítulo XX	163
Capítulo XXI	171
Capítulo XXII	179
Capítulo XXIII	187
Capítulo XXIV	195
Capítulo XXV	203
Capítulo XXVI	209
Capítulo XXVII	217
Capítulo XXVIII	225
Capítulo XXIX	233
Capítulo XXX	241
Epílogo	249

Prólogo



A principios de octubre, Leopold Blake aún no había conseguido trabajo. Llevaba desde finales de mayo leyendo todas las ofertas de los periódicos, los carteles en la calle, preguntando a la gente y visitando fábricas y empresas con el fin de encontrar un empleo, aunque tuviera que empezar de cero.

Seis meses antes, hubiera encontrado las puertas abiertas en cualquier lugar. Sus buenas referencias, su capacidad de esfuerzo y su talento lo hubiesen avalado. De hecho, otras empresas constructoras le habían hecho buenas ofertas, pero él había apostado por continuar en Future Foundations Company, donde había ido ascendiendo y ya dirigía proyectos.

Sin embargo, ahora todo había cambiado. Tras el accidente, su nombre había salido en todos los periódicos y ninguno de sus posibles contratantes lo ignoraba. Antes siquiera de que él se acercara a pedir un empleo, ya tenía las puertas cerradas.

Además, el comisario de policía de Scotland Yard, August Palmer, continuaba acechándolo. Ese hombre insistía en que la muerte de los dos hombres no era fruto de un accidente,

sino de un sabotaje, y con sus explicaciones había convencido al fiscal, el señor Carver, de su culpabilidad.

Blake había gastado la mayoría de sus ahorros en pagar a una prestigiosa firma de abogados para su defensa y, al fin y al cabo, había valido la pena, porque, si bien no lograron desmontar todos los razonamientos en su contra, al menos habían demostrado la fragilidad de las pruebas que había presentado el señor Carver. Básicamente, su argumento más poderoso había sido la declaración del señor Palmer, algo que los abogados de Blake esperaban contradecir con las palabras de Boseney, su ayudante en las obras del puente.

Sin embargo, aunque finalmente Boseney no había hablado con la contundencia que de él esperaba, pues había dudado en varias cuestiones importantes, los abogados lograron cuestionar las afirmaciones del comisario de policía y el juez absolvió a Blake por falta de pruebas.

Absuelto por falta de pruebas no era lo mismo que una declaración de inocencia y los periódicos continuaron cebándose en él a falta de otra carnaza. Además, sentía la sombra del señor Palmer, quien, tras la celebración del juicio, se había acercado hasta él para decirle: «No crea que esto acaba aquí. No cesaré en mi empeño hasta demostrar su culpabilidad».

Y cada vez que acudía a buscar un empleo donde sabía que se ofrecía, las palabras de ese hombre lo perseguían.

Aquella mañana, tras recibir la última negativa, Blake tomó la decisión que hacía días lo rondaba. Metió cuatro cosas básicas en una pequeña maleta y abandonó Londres.

I



—¡Tess! —gritó el señor Gardner cuando vio que su hija se disponía a salir.

Ella alzó los ojos hacia el techo, contuvo un suspiro y esperó a que él se acercara sin deseo de desistir de sus intenciones.

El botones, que en esos momentos se dirigía hacia allí, detuvo su marcha y retrocedió unos pasos hasta desaparecer. Se temía otra discusión familiar y no le apetecía encontrarse en medio.

—Dígame, padre —contestó Tess cuando tuvo al señor Gardner al lado.

—¡No puedes irte ahora! El señor Courtenay va a venir sobre las once —le reprochó con contundencia él.

Ella dedicó una mirada interrogante al reloj que había detrás del mostrador de recepción y, a continuación, al tiempo que arqueaba las cejas, comentó sin inmutarse:

—No veo qué tiene que ver eso con que yo no pueda marcharme. La puerta es lo suficientemente grande si coincidimos en ella. Él puede entrar a la vez que yo salgo. Todos los detalles de este lugar están muy bien pensados. Es usted un genio, lo felicito, padre.

—¡Tess! —gritó el señor Gardner indignado—. ¡No me trates como si fuera estúpido! ¡Odio esa ironía tuya cuando la encauzas contra mí!

—Y yo odio tener que quedarme aquí un día soleado —añadió al tiempo que se colocaba los guantes impasible—. Supongo que su señor Courtenay sabrá entenderlo.

—Sabes perfectamente que el señor Courtenay viene a verte a ti. Si sigues haciéndole desaires, acabará desistiendo de su interés y eso es algo que yo no te perdonaría —la amenazó.

—Entonces, estaremos igualados, padre. Hay muchas cosas que yo tampoco le perdono a usted —respondió ella con una sonrisa que a su padre le pareció impertinente.

—¡Maldición, Tess! ¡No me hables con ese descaro! —dijo alzando la voz—. ¡Un día te arrepentirás de no haber aprovechado esta oportunidad!

—Si grita, va a espantar a los clientes. Debería tomarse una infusión relajante.

—¿Infusión? Si quieres que me relaje, suelta ese sombrero y dirígete al salón... O a las mesas de la terraza, si prefieres sol. Pero quédate aquí hasta que llegue el señor Courtenay y muéstrate amable con él.

—Es una lástima que sus nervios dependan de mis decisiones, padre. Me temo que estará alterado muy a menudo —dijo dispuesta a marcharse.

—¡No sé de quién has heredado esa tozudez y esa insolencia! Eres arrogante, desobediente y no tienes en consideración todo lo que te he dado.

—¿En serio no se imagina de quién puedo haber heredado esas características? —preguntó arqueando de nuevo las cejas y emitiendo media sonrisa mordaz.

—¿Puedo saber al menos adónde vas? —preguntó consciente de que no iba a lograr retenerla.

Antes de responder, ella se alisó la falda como si buscara molestarlo con su silencio. Sin embargo, al final lo miró a los ojos y, desafiante, respondió:

—Pensaba ir a la oficina de Correos, pero es posible que me detenga a hacer alguna visita aburrida con la finalidad de que el señor Courtenay ya se haya marchado a mi regreso.

—¡Tess! ¡A veces creo que hablas sólo con la intención de herirme! —le reprochó.

—No creo que pueda lastimarlo, padre. Es usted un hombre con mucho aguante —contestó sin esquivarle la mirada. Luego, acabó de colocarse los guantes y añadió—: Espero que tenga un buen día.

Mientras ella se alejaba, él masculló:

—¡Un buen día! ¡Sí, seguro que promete ser un buen día! —resignado a que su hija se marchara, hizo un aspaviento y, a continuación, se dirigió hacia el recepcionista y le preguntó—: ¿Ha llegado ya el pedido del señor Hubert?

La granja del señor Hubert era la que proveía de carne al Maple Path, el hotel del señor Gardner. Unos diez años antes, se había llamado Gardner House y estaba ubicado en el centro del pueblo. Pero con la llegada del ferrocarril, Horston se había convertido en un lugar muy frecuentado en verano y la prosperidad del negocio había empujado al señor Gardner a construir un nuevo hotel a las orillas del lago, donde había un hermoso arcedo. El Maple Path era ahora un lugar lujoso y de prestigio, aunque eso suponía que el dueño tenía que devolver mensualmente un crédito que no le permitía continuar invirtiendo en la ampliación. Quedaba por determinar a qué dedicar unos terrenos colindantes que también había adquirido tiempo atrás, pero, a falta de liquidez, por el momento había demorado esa decisión. Ese era uno de los motivos por los que estaba tan interesado en casar a su hija con el señor Courtenay, un sesentón acaudalado y deseoso de asegurarse un heredero. El señor Gardner sabía que, si se convertía en su yerno, le proporcionaría la cantidad necesaria para saldar su deuda y eso le permitiría poder embarcarse en nuevas ampliaciones y mejoras. Más que ambición, lo que movía al señor Gardner era una incapacidad de conformismo y de estarse quieto. Necesitaba sentirse activo y no calmaba esa inquietud con el constante trabajo que le daba el hotel, sino que siempre quería más y más.

Y sabía que Tess no era fácil de casar. No sólo por su carácter tozudo, sino porque su figura no respondía al ideal de lo que los hombres consideraban atractivo. Alta, demasiado delgada y con un cabello rubio oscuro que no destacaba. Y mucho menos,

porque siempre se lo recogía en un moño estirado que hacía que su rostro pareciera aún más menudo de lo que era. Su forma de vestir resultaba algo anticuada y le otorgaba un aire de severidad poco adecuado para su juventud. No era una muchacha desgarbada, pero sí tenía ciertos ademanes masculinos, sobre todo cuando se enfadaba. Además, era inteligente y usaba una ironía punzante en cuanto no estaba de acuerdo con alguna opinión. Así que, el señor Gardner estaba convencido de que no encontraría mejor partido para su hija que el señor Courtenay.

Fuera del hotel, Tess Gardner decidió acercarse al pueblo en bicicleta. Lucía un sol sin nubes amenazantes y el viento frío de días anteriores había amainado. Era un día de otoño estupendo para pasear, pero también para disfrutar de cualquier actividad al aire libre. El trayecto era corto y Tess estaba ansiosa por enviar la respuesta a la carta que había recibido del señor Farrell. Por supuesto, su padre no sabía nada de la existencia del señor Farrell y, mucho menos, de que ella hubiera respondido a un anuncio de matrimonio que había aparecido en un periódico nacional unos meses atrás.

El señor Farrell tenía una granja en Australia y buscaba una esposa educada en las costumbres inglesas, seguidora de la iglesia anglicana y con la suficiente fortaleza para ayudarlo en las tareas que requería la hacienda. Tess había visto en aquel reclamo la oportunidad de huir de la influencia de su padre y respondió de inmediato al anuncio. Sin embargo, no había tenido muchas esperanzas de ser la elegida, consciente como era de que sólo podría aportar la parte de la herencia que había recibido por parte de su madre.

Por eso se sorprendió cuando él le respondió y mostró interés en conocerla mejor, a través de la correspondencia, antes de tomar una decisión que los comprometiera a ambos. No esperaba que la fotografía que había enviado llamara su atención porque en aquella estampa no podía reflejarse su mejor virtud: la determinación de su carácter. Maud le había prestado un vestido elegante con el propósito de fotografiarse, pues siempre la acusaba de vestir de un modo demasiado formal en el que no lucía su figura. También la había peinado procurando favorecer sus rasgos, porque, habitualmente, Tess prefería recoger su cabello rubio

oscuro, que consideraba demasiado fino, en un moño estirado que la hacía parecer mayor. Sin embargo, cuando vio el resultado no logró reconocerse en esa fotografía, en la que tuvo que sonreír sin existir motivo alguno para ello. Por tanto, envió la carta con la fotografía incluida en el sobre sin demasiadas esperanzas.

Cuando recibió respuesta, ella contestó con ilusiones renovadas y le contó cuáles eran sus lecturas favoritas y en qué ocupaba su tiempo rutinariamente, tal como él le había pedido. La siguiente carta vino de Australia y resultó que ambos coincidían en ser amantes de la poesía. El señor Farrell se animó incluso a añadir, en su misiva, un poema escrito por él, algo que, más que avivar el entusiasmo de ella, lo congeló durante unas jornadas, pues la afición a la poesía no garantizaba ser docto en escribirla y la composición, en sí, era penosa, aunque Tess hubo de reconocer que la métrica resultaba correcta.

Pasados tres días, la decepción por el poema no le impidió responder y la noche anterior había escrito unas cuartillas que ahora se disponía a enviar.

Si hubieran tenido la necesidad de concretar una fecha, hubiese bastado con un telegrama, pero por ahora la finalidad de esa correspondencia era conocer cada uno los gustos del otro y tratar de discernir si se colmaban expectativas.

Tess ignoraba cuántas cartas serían necesarias para adivinar si un matrimonio con la otra persona era una decisión inteligente. No tenía prisa por casarse por una cuestión romántica, sino que su impaciencia estaba vinculada al deseo de dar un giro a su vida y abandonar para siempre el frío y el lujo de un hotel que no sentía como su hogar.

Al llegar a la calle de la Holstead's Gallery, giró a la derecha y apretó el freno ante la oficina postal. Apoyó la bicicleta en la pared y entró a la vez que sacaba un sobre de su bolsillo, sin preocuparse por alisar los bajos de su vestido.

—Buenos días, señor Honycutt; buenos días, Polly —saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Gardner —respondió Polly, mientras el señor Honycutt se limitó a dirigirle una mirada seca mientras continuaba ocupado en atender a otra señora que no parecía vecina del lugar.

Tess se dirigió hacia la parte del mostrador en la que se encontraba Polly y le entregó la carta, a la vez que miraba de reojo al señor Honycutt y a la otra mujer. Casi en un susurro, comentó:

—Ya sabe. Mi padre no debe enterarse de esto. Cuando me responda, sea discreta, como siempre.

—Descuide —murmuró la otra—. Sam se lo entregará personalmente a la señora Young. Pero usted debe prometerme que, si alguna vez el señor Farrell le envía un retrato, me lo enseñará.

Tess asintió con un gesto automático, aunque se sintió falsa por no haberle contado que ya tenía un retrato. Sin embargo, la imagen del señor Farrell no era tal como ella había imaginado, así que prefirió no compartirlo consciente de que se sentía decepcionada.

Como en aquel momento el señor Honycutt fijó su mirada en ellas, Polly fingió sorprenderse y, en voz alta, dijo:

—Tiene usted razón, señorita Gardner. Me he puesto polvos de color esta mañana, pero me los he quitado enseguida. No sabía que aún se me notaran —comentó al tiempo que frotaba sus mejillas con la mano—. No vaya a pensar mal, son para unas figuras de cerámica que está haciendo mi hermano. No me gustaría parecer una mujer de esas de vida inmoral.

—Nadie podría pensar eso de usted —añadió Tess, tranquilizándose al ver que el señor Honycutt ya no les prestaba atención.

Luego, sacó unas monedas y se las entregó a Polly.

—No ha subido, ¿verdad?

—No, las tarifas son las mismas —respondió la mujer al tiempo que le devolvía el cambio.

—¿Hay algo para mi padre?

—Sí, había un par de cartas y un telegrama, pero ya se lo ha llevado Sam.

Antes de que Tess pudiera despedirse, una mujer pelirroja que sobrepasaba los cincuenta años entró atropelladamente en la oficina y enseguida se notó que pretendía reclamar la atención de todos los presentes, pues hizo unos aspavientos para que la miraran.

—¿No se han enterado? —preguntó en voz alta y con intención retórica, aunque temerosa de la reacción del señor Honycutt.

Pero si el señor Honycutt tuvo alguna intención de echarla de allí, hubo de reprimirla, porque la señorita Whittemore ya había conseguido que el resto tuviera depositada su expectación en ella, así que, después de santiguarse, añadió:

—El señor Hubert nos ha dejado —dijo enfatizando un deje de lamento.

—¿Quién es el señor Hubert? —preguntó la señora que atendía el señor Honycutt.

—El señor Hubert es... era un granjero muy querido por todos. Ya había cumplido los ochenta años —explicó Polly, verdaderamente conmovida ante la noticia.

—Exactamente tenía ochenta y cuatro años —matizó la señorita Whittemore, que no estaba dispuesta a que otra le robara el protagonismo—. La señora Twyman ha ido al cementerio a visitar la tumba de su marido y ha visto que la lápida de la señorita Lansbury estaba desnuda de flores.

—Eso no significa que... nos haya dejado. Es posible que esté enfermo —especuló Tess.

—El señor Hubert dejaba flores cada día en la tumba de su prometida. Ella falleció hace más de sesenta años —le explicó Polly a la desconocida.

—No, señorita Gardner —objetó la señorita Whittemore—. La señora Twyman ha avisado a la policía y un par de agentes han ido a buscarlo a su granja para comprobar si se encontraba bien. Pero, por desgracia, han tenido que forzar la puerta y han encontrado al señor Hubert en su cama. Le han puesto un espejo en la boca y no tenía aliento.

—No es necesario que dé tantos detalles —le recriminó el señor Honycutt.

—Tienen una idiosincrasia muy curiosa en este pueblo. En el mío, no es una noticia que un octogenario fallezca —opinó la señora de nombre desconocido, que volvió la cara hacia el señor Honycutt para continuar escribiendo su telegrama.

—¿Que no es una noticia? —Se ofendió la señorita Whittemore—. Sepa usted que el señor Hubert tenía una salud de hierro.

—¿Se sabe cuándo es el funeral? —preguntó Tess.

—No, pero seguramente mañana. La policía quiere asegurarse de que no ha sido asesinado.

—¿Encuentran a un octogenario muerto en su cama, se han visto obligados a forzar la puerta y piensan que ha sido asesinado? —preguntó la desconocida, que volvió a girarse con mirada impertinente.

—Es el protocolo habitual en casos así —le explicó Polly.

—En cierta ocasión, ya hubo un crimen en Horston, señora mía —se defendió la señorita Whittemore.

—De eso hace ya veintidós años —recordó Polly.

—Lamento mucho no quedarme a darles detalles. Como comprenderán, debo informar al resto del pueblo —dijo la señorita Whittemore, mientras salía al ver que el señor Honycutt empezaba a perder la paciencia.

—¿Es periodista? —preguntó la desconocida.

—¡Es una charlatana! —masculló el señor Honycutt sin ocultar su desprecio.

—Es la señorita Whittemore —aclaró Polly—. La diseñadora de sombreros.

—¡Oh! —se maravilló la mujer—. ¿De los sombreros Whittemore?

II



Tess salió de la oficina de Correos apenada por el fallecimiento del señor Hubert. Su granja era la que proveía de carne al restaurante del Maple Path y, desde siempre, a la joven le había parecido un hombre entrañable. Su longevidad y el hábito de verlo dos días por semana a lo largo de su vida habían dado pie a esa idea infundada de que hay personas que siempre permanecen. Como había dicho la desconocida, la noticia no suponía ninguna sorpresa y, sin embargo, Tess se había quedado con una sensación de pérdida inesperada.

Montó de nuevo en la bicicleta y emprendió el camino de regreso al hotel. Se planteó por un momento detenerse a recoger flores para llevarlas a la tumba de la señorita Lansbury como homenaje al señor Hubert, pero después sintió que de esa manera vulneraba un derecho que no le pertenecía.

Se preguntó si el señor Hubert tendría algún pariente lejano que heredara la granja y descubrió que no sabía nada de él, excepto su amor eterno por la señorita Lansbury. Durante un momento, sonrió al pensar en la cara de su padre cuando descubriera que debía cambiar de proveedor de carne, pues ese era el tipo de incomodidades que no le gustaban.

El sol continuaba su ascenso e iluminaba las copas de los árboles, que mostraban un colorido variado de ocres, naranjas e incluso rojos. Un leve viento mecía las ramas y algunas hojas caían formando una alfombra otoñal por la que transitaba su bicicleta.

A mitad de camino, Tess vio que la señora Dobbin avanzaba en dirección contraria e iba acompañada de un desconocido. O, al menos, un hombre joven al que desde esa distancia no reconocía. A medida que se acercó, confirmó que no lo había visto nunca y, antes de detenerse a saludar, notó que la señora Dobbin hablaba entusiasmada con su acompañante, como si los nervios le impidieran callar, y sonreía de un modo compulsivo que a veces se convertía en una risita forzada. Aunque estaba casada desde hacía dos años con el señor Dobbin, la hija de la señora Delaney siempre había sido muy coqueta y a Tess le pareció que tonteaba con el desconocido, actitud que no le pareció correcta.

Él caminaba mirando al frente, como si estuviera pensando en otras cosas. Llevaba un traje gastado y, aunque no se le hubiera podido confundir con un harapiento, toda la elegancia la otorgaba su porte, no sus ropas. Con la mano derecha agarraba una maleta, lo cual le hizo suponer a Tess que acababa de llegar. Era alto y, aunque delgado, se notaba un cuerpo fornido. En la mano izquierda tenía un brote verde de campanilla que iba mascando como si fuera un cigarro. Su expresión era de indiferencia, como si fuera una de esas personas que mostrarían el mismo gesto ante la felicidad que ante la adversidad.

Tess se detuvo a un par de metros y saludó a la señora Dobbin, al tiempo que hacía un movimiento con la cabeza como deferencia al desconocido. Él le devolvió el gesto y ella notó como si la mirara con un fingido interés. Tenía unos ojos verdes enigmáticos y su rostro irradiaba una seguridad en sí mismo que enseguida le molestó. O lo que la incomodaba era la actitud rendida de una mujer casada como la señora Dobbin ante un hombre atractivo sin mostrar por ello ningún pudor.

—Acabo de enterarme de la muerte del señor Hubert —comentó sin saber cómo interrumpir la sensación de desagrado que aquella situación le estaba creando.

—Sí, es una pena —comentó la señora Dobbin, exagerando el tono quejumbroso de su voz—. Un hombre tan bueno... —pero enseguida se repuso de su pena y añadió—: ¡La vida es así! Unos nos dejan, otros vienen... Como el señor Blake —añadió con una sonrisa, señalando a su acompañante—. El señor Blake acaba de llegar a Horston y está buscando trabajo. ¡Oh, cómo no se me había ocurrido antes! —Exclamó con un brillo en sus ojos—. ¿Sabe si en el hotel de su padre hay alguna vacante?

—Leopold Blake. —Se presentó el desconocido, quitándose el sombrero ante Tess y mirándola de otro modo como si, en lugar de a una persona, se dirigiera a una oportunidad para encontrar trabajo.

—Lo siento, señor Blake, tenemos todas las plazas cubiertas —respondió sin plantearse siquiera si eso era cierto. Sin embargo, se vio obligada a estrechar la mano que él le tendió.

—Piénselo bien, tal vez encuentren alguna ocupación —insistió la señora Dobbin—. Se ve un hombre muy capaz.

—¿Y para qué está capacitado? —preguntó Tess, con más intención de mirarlo por encima del hombro que por curiosidad.

—Estoy segura de que podría servirle en muchas cosas, señorita...

—Gardner —apuntó ella.

—...señorita Gardner. —Luego, con menos sarcasmo, añadió—: He hecho un poco de todo.

—Ya veo. No tiene ningún oficio concreto. —A pesar del tono serio, él notó la burla.

—Le prometo que no se arrepentirá si me contrata —afirmó al tiempo que tiraba el brote de campanilla al suelo.

—Lo lamento, pero yo no contrato a nadie. Y mi padre ya cuenta con el personal que necesita. —Y, mirando a la señora Dobbin, añadió—: Tal vez en la tienda de modas de su madre, la señora Delaney...

—¡Oh! ¡Qué ocurrencia, señorita Gardner! Mi madre ya tiene a muchas que cosen para ella. Y lo cierto es que no veo al señor Blake cosiendo botones —se rio.

—¿Y no necesitan un mozo de los recados?

—Noto más interés en ofender que en ayudar por parte de la señorita Gardner —comentó el aludido a la señora Dobbin.

—¡Oh! -exclamó la señora Dobbin, mirando con severidad a Tess.

—No se ofenda —la calmó Blake—. Como verá, no permito que las palabras de según quien me afecten.

Y, mientras decía esto, alargó su mano y agarró la de Tess. Sin ningún tipo de decoro, le quitó el guante y contempló su palma. Ella intentó zafarse, molesta con su actitud, pero él la retuvo sin ningún esfuerzo. Tras observarla, añadió:

—Por lo que veo, la señorita Gardner no conoce lo que es el trabajo.

Él la soltó con delicadeza y esta vez fue ella quien se sintió burlada. Tess le arrancó el guante que él aún sostenía en la otra mano, le dio la espalda y volvió a montar en la bicicleta sin ocultar su enojo. Antes de empezar a pedalear, dijo:

—Espero que encuentre un empleo a su altura. ¡Buenos días, señora Dobbin, supongo que nos veremos en el funeral del señor Hubert!

—¡Adiós, señorita Gardner! —Se despidió aquella.

Tess siguió avanzando más alterada de lo que hubiera debido y, cuando llegó a los jardines del hotel, vio el carruaje del señor Courtenay, por lo que se detuvo y pensó en retroceder. Pero regresar al pueblo supondría volver a cruzarse con la señora Dobbin y aquel hombre, así que se resignó, aparcó la bicicleta y se colocó el guante que antes había guardado en un bolsillo para no perder tiempo.

Entró en el vestíbulo procurando ser discreta, pero su padre se había sentado en los únicos sillones del salón que permitían ver la entrada y enseguida se levantó y la llamó:

—¡Tess! ¡Tess! ¡Ven aquí!

Sin ganas, pero para evitar mayor escándalo en el hotel, se dirigió hacia él y, cuando la vio aparecer, el señor Courtenay se levantó de su sillón y la saludó con exagerada cortesía.

—¡Buenos días, señorita Gardner! Ya estaba perdiendo la esperanza de verla hoy. —Un mechón de su flequillo grasiento cayó hasta la nariz del hombre, que no tuvo ningún pudor en retirárselo al tiempo que aprovechaba para retirar una viscosidad verde de uno de sus orificios.

—Buenos días, señor Courtenay —respondió ella con mayor sequedad y procurando no demostrar que el gesto de él le había asqueado—. Lo cierto es que no estoy de ánimos para atenderle, la muerte del señor Hubert me ha dejado afligida. Espero que me disculpe.

—¿El señor Hubert ha muerto? —preguntó el señor Gardner como si ese hecho lo estuviera ofendiendo—. ¿Lo estás diciendo en serio?

—¿Piensa que podría bromear sobre algo así? —le reprochó su hija.

—¿Y a quién compraré yo la carne? Estaba esperando un pedido importante que debía llegar esta mañana.

Tess hizo un gesto de resignación y, cuando se disponía nuevamente a marcharse, su padre la retuvo.

—Siéntate con el señor Courtenay y atiéndelo amablemente. Yo debo arreglar este asunto de inmediato.

—Vaya a la granja del señor Stevens —le recomendó el señor Courtenay—. Sus animales están bien alimentados.

Tess, a su pesar, no tuvo otro remedio que sentarse en un sofá enfrente de aquel hombre y esperó a que fuera él quien iniciara una conversación.

—Le estaba comentando a su padre que este viernes pienso dar una cena en mi casa y estaría encantado de que ustedes asistieran.

—¿Otra cena? —preguntó ella sin mostrar entusiasmo—. Es usted un gran amante de la vida social. No entiendo cómo vive aquí, seguro que en Londres disfrutaría más. ¿No se ha planteado pasar alguna temporada allí?

—¡Oh! Por nada pienso cambiar mi residencia... ¿O acaso a usted le gustaría vivir en Londres? —preguntó esperanzado.

Tess emitió un suspiro de incompreensión.

—Me extraña mucho que alguien pregunte sobre mis deseos, señor Courtenay. ¿Va a decir algo más que me sorprenda?

—¿No habrá pensado que no me gusta que habite aquí? Sepa que yo estoy encantado de tenerla como vecina. Es más, si usted quisiera, nuestra amistad podría llegar a ser muy especial —comentó él con la mejor de sus intenciones, mientras le dedicaba una mirada entusiasta.

Para evitar que el señor Courtenay hiciera hincapié sobre sus sentimientos hacia ella, Tess buscó un pretexto para marcharse.

—¡Oh! Disculpe, acabo de recordar que debo hablar con la señora Young. He de darle un recado importante —mintió—. No le importa esperar a que regrese mi padre, ¿verdad?

—La esperaré a usted. Un recado se transmite en pocos minutos. —Se engañó él.

—Tal vez tenga que quedarme a consolarla. Ella tenía mucho aprecio al señor Hubert y creo que no sabe nada de lo ocurrido.

Tess se levantó, cogió su sombrero y se dirigió a la zona de servicio. Entró en las cocinas y se topó con su padre, verdaderamente exaltado, que estaba regañando a un empleado. Cuando la vio allí, su humor no mejoró.

—¿Has dejado solo al señor Courtenay? —la increpó.

—Eso parece —comentó ella sin detenerse.

Cuando pasó por su lado, él la agarró por el brazo y la obligó a enfrentarlo. La arrastró sin delicadeza a un cuarto de provisiones en la que se encontraba un empleado, que salió de allí en cuanto los vio.

—¡Me ofendes a mí y ofendes a mis amigos, Theresa Gardner!

—¡Suélteme, padre! No pienso aguantar al señor Courtenay por mucho empeño que usted ponga en ello.

El resto del servicio, que se hallaba en la estancia de fuera, también decidió alejarse del lugar al comprobar el cariz que tomaban las cosas entre padre e hija.

—¡Lo aguantarás porque esa es mi decisión! Hasta ahora has rechazado a todos los pretendientes que te he buscado, pero no pienso tolerarlo más. El señor Courtenay es el elegido: te casarás con él.

—Se equivoca si piensa que voy a aceptar —respondió ella con voz tranquila, pero firme.

—¡Te equivocas si piensas que voy a tolerarte un desaire más! Tienes veinticuatro años, Tess, ¿acaso quieres convertirte en una solterona?

—¿Acaso le importa lo que yo quiero? ¿Acaso le importó lo que quería mi madre? ¡Usted sólo piensa en sí mismo, padre! Si el señor Courtenay no tuviera dinero, le importaría un bledo mi soltería. ¡Deje de fingir que se interesa por mí!

El señor Gardner estuvo a punto de perder la cordura e hizo un ademán de abofetearla, pero la mirada desafiante de ella lo obligó a controlarse y se conformó con zarandearla:

—¡No me gusta que me hables así! ¡Y no mientes a tu madre! Tú no sabes lo mucho que yo la amé, no sabes lo mucho que sufrí cuando ella se marchó...

Tess, lejos de acobardarse, volvió a enfrentarlo mientras se liberaba de los brazos que la agarraban.

—¿Y qué tenía que hacer ella? —le reprochó—. ¿Soportarle todas sus amantes? ¿Bajar la cabeza cuando la señalaban como la mujer más deshonrada de Horston?

El señor Gardner estaba fuera de sí, pero no volvió a tocarla. La miró enojado y le gritó:

—¡No me importa lo que pienses de mí! ¡Ya sé que todo lo que he hecho no ha servido para nada! ¡En tu cabeza sólo están las ideas que te inculcó tu abuela, aquella bruja perversa! Pero esta vez estoy decidido, Tess, me vas a obedecer quieras o no. ¡Te prometerás con el señor Courtenay antes de que acabe el año!

Los gritos del señor Gardner retumbaron en la pequeña estancia y la mirada que dedicó a su hija fue de verdadera amenaza.

—Eso es imposible, padre —dijo ella rabiosa—, porque ya estoy prometida.

El señor Gardner se quedó perplejo unos instantes y ella se regodeó en su pequeña victoria con una mirada mordaz. Cuando él reaccionó, se rascó la cabeza y comentó, sin bajar la voz:

—¡No te creo! ¿Con quién puedes haberte prometido tú?

—Con el señor Farrell, padre, y ya puede ir creyéndoselo porque muy pronto seré la señora Farrell.

De nuevo, el señor Gardner se quedó sorprendido ante la determinación con la que hablaba su hija y, tras un instante de desconcierto, preguntó:

—¿Y quién diablos es el señor Farrell? ¿Dónde lo has conocido? ¿A qué se dedica? ¿Tiene dinero?

—Me fascina su interés por saber si soy feliz —ironizó ella con una sonrisa impertinente.

—¡Oh, Tess! ¡No me vengas con esos cuentos de la felicidad! ¡Sólo estamos hablando de matrimonio! ¿Vas a decirme quién es él?

—Es un granjero, padre, y...

—¿Granjero? —la interrumpió—. No conozco a ningún Farrell granjero por aquí. ¿Acaso es de Culster? ¿O de otro pueblo del condado?

—No, no es de Culster. El señor Farrell vive en Katoomba. Así que, como ve, padre, muy pronto se libraré para siempre de mí —le respondió, regocijándose en ello a continuación, le dio la espalda, abrió la puerta, y salió de aquella estancia.

El señor Gardner no la siguió y se quedó preguntando en voz alta:

—¿Katoomba? ¿Dónde está Katoomba?

III



En contra de la suposición de la señorita Whittemore, el funeral se celebró aquella misma tarde. La iglesia de Horston estuvo repleta y mucha gente aguantó la misa de pie ante la imposibilidad de encontrar asiento. Incluso hubo gente que permaneció afuera.

Tess se colocó al lado de su amiga Maud Southgate, mientras su padre, en lugar de permanecer quieto y mostrar respeto hacia el féretro que se hallaba frente al altar, se dedicó todo el oficio a hablar con el señor Stevens a fin de detallar toda la carne que necesitaba para aquella semana. A pesar de las miradas que le dedicó su hija para que se callara, fingió no darse cuenta o hizo caso omiso de ellas.

Cuando terminó la ceremonia, muchas mujeres partieron hacia el cementerio con ramos de flores para dejarlas sobre la tumba de la señorita Lansbury y los hombres quedaron discutiendo sobre el entierro. Al principio, estaba previsto enterrar al señor Hubert después del funeral, pero cuando se supo que su tumba no sería la que estaba al lado de la señorita Lansbury, hubo tantas quejas que la decisión quedó suspendida hasta el día siguiente.

La gente pensaba que un amor como el suyo merecía un final feliz, aunque fuera después de la vida, y la poca sensibilidad de

las autoridades locales hizo que muchos se indignaran. Por supuesto, la señorita Whittemore era una de las que encabezaban la protesta.

El señor Woddward, alcalde de Horston, sabía que aquel era un año de elecciones y que Archibald Harding había anunciado su candidatura. Así que, al ver el revuelo popular que se había armado por la fosa donde iba a ser colocado el cuerpo del señor Hubert, suspendió la orden de enterrarlo para no enfadar a los votantes y se quedó hablando con algunas personas importantes y con el vicario, el señor Odell, para ver qué hacían con el ataúd.

—¿Has oído hablar del forastero? —le preguntó Maud a su amiga, mientras esperaban fuera de la iglesia a que el alcalde tomara una decisión.

—¿El forastero? —preguntó Tess, sintiendo un escalofrío al intuir que se refería al hombre que había conocido esa mañana.

—Sí, ha llegado un hombre a Horston buscando trabajo y parece ser que es muy atractivo.

—Llegan muchos hombres buscando trabajo, no veo por qué debe ser una noticia —respondió, fingiendo indiferencia.

—¡Oh! ¡No me escuchas! Acabo de decirte que es muy atractivo. Por lo visto, ya hay varias que han fijado sus ojos en él.

Tess arqueó las cejas.

—¿Fijar los ojos en alguien que no tiene trabajo? ¡Qué insensatez!

Acompañó la exclamación con una expresión de rechazo, esperando que su amiga cambiara de tema.

—¡Vamos, Tess! ¿Prefieres al señor Courtenay con todo su dinero y sus casi sesenta años? ¿O va en serio eso de que pretendes marcharte a Australia con un desconocido?

—Hoy he contestado a su última carta —respondió con determinación.

—Bien, como quieras —comentó con un ápice de desprecio su amiga—. Ya te he dado mi opinión sobre ese tema y sabes que me parece una locura, no sería una buena amiga si no te advirtiese. Allá tú con tus desvaríos. Embárcate en las aventuras que te plazcan, pero yo no soy tan arriesgada como tú. Y tengo el dinero suficiente como para que no me importe si un hombre tiene

trabajo o no. Pronto cumpliré veintisiete años y, si ha llegado un tipo interesante a Horston, te aseguro que haré lo que sea por conocerlo. Mañana mismo visitaré a la señora Mitchell.

—¿Qué tiene que ver la señora Mitchell en esto? —preguntó Tess, aunque en esta ocasión no logró fingir falta de interés.

—Le permite pasar la noche en su cobertizo mientras él arregla su chimenea.

Tess la contempló esperando que añadiera algo más.

—Y te puedo asegurar que ayer salía humo de esa chimenea. La señora Mitchell, viuda ejemplar de más de cuarenta años, no ha podido evitar sucumbir al encanto de un hombre que, como mucho, habrá cumplido los treinta.

—Y ese es un gran mérito que buscas para tu futuro esposo: ser capaz de seducir a mujeres sólo por interés. Te felicito, Maud, pero no me invites a tu boda —le reprochó con desdén.

—¿Cómo te gusta tergiversar! Yo no he dicho que él sea de ese tipo de hombres. Lo que estoy intentando que entiendas es que, según dicen, tiene un atractivo muy peculiar. Tal vez no sea el tipo de rasgos finos y de una belleza perfecta, pero, según he oído, es tremendamente masculino. La hija de la señora Delaney lo ha tratado y ha quedado prendada de su voz. Hasta la señorita Whittemore no dejaba de hablar de él.

—¿Hay algo sobre lo que no deje de hablar la señorita Whittemore?

Maud Southgate resopló y mostró una sonrisa desdeñosa.

—Bien, asumo que no me acompañarás a visitar mañana a la señora Mitchell. Pero luego no te quejes si me pides que te lo presente y me niego.

—No tengo ningún interés en relacionarme con un tipo como ese.

Mientras hablaban, Tess notó que Nicholas Wayne, el dueño de la herrería, miraba hacia ellas. Era una sensación que tenía últimamente cuando se cruzaba con él: que la observaba mucho. Decidió hacer caso omiso a ese hombre y continuó escuchando a Maud, aunque tuviera que armarse de paciencia.

—Recuerda lo que pasó con el señor Spacey. Tu padre insistía en casarte con él y, cuando por fin te planteaste esa posibilidad, él se comprometió con la señorita Dankworth.

—El señor Spacey se enamoró de la señorita Dankworth nada más conocerla y me alegro de que sean muy felices. Y yo sólo me planteé abandonar a mi padre, el cómo no era relevante. Ahora, gracias al señor Farrell, no sólo podré alejarme de su influencia, sino también de él.

—Dicen que es un gigante —añadió Maud.

—¿Quién?

—El forastero.

—Es alto, de acuerdo, pero llamarlo gigante me parece exagerado. Seguro que esas palabras han salido de la señorita Whittemore.

—¿Lo conoces? —preguntó levemente enojada Maud—. ¿Conoces al forastero y no me has dicho nada? ¡Oh, Tess, a veces eres intratable!

—Creo que es el tipo que esta mañana llegaba al pueblo acompañado de la señora Dobbin —respondió, haciendo caso omiso del reproche.

—Ya te he dicho que ha alternado con ella. ¡Por supuesto que debía de ser él! Y ¿qué te ha parecido? ¿Es tan guapo como dicen?

—Se da muchos humos para ser un don nadie.

—¿Y sus ojos? Todas hablan de sus ojos...

—Sólo tiene dos.

—¡Tess! Cuando quieres, resultas odiosa.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que basta con tener unos ojos bonitos para llamar mi atención? ¡Odio a ese tipo de hombres que no tienen ni un mínimo de modales!

—Sí, está visto que prefieres a los que escriben malos poemas. Vamos —insistió—, cuéntame más cosas. ¿Sabes su nombre?

—Me ha parecido entender que se llama Blake. Y, en serio, me ha dado la impresión de que la palabra humildad no está en su vocabulario. No me ha gustado nada. ¡Menos que nada! Por mí, todo tuyo. Pero quedas advertida: si te casas con él, te haré las visitas de rigor, ni una más.

—Con más motivo tienes que acompañarme mañana a casa de la señora Mitchell. Si se niega a presentármelo, al menos él estará obligado a saludarte a ti, y entonces podrás presentármelo tú.

—No insistas. Además, he visto que, cuando la señora Mitchell partía con las flores hacia el cementerio, la rodeaban muchas mujeres. Seguro que no serás tú su única visita.

—Buenas tardes, señorita Southgate; buenas tardes, señorita Gardner, encantado de verla otra vez —las interrumpió el señor Courtenay—. He comprobado que su padre ha partido con el señor Stevens hacia su granja. Yo he traído el coche, ¿les apetece que las acompañe?

Maud sonrió con picardía a su amiga y Tess, que sin necesidad de mirarla entendió la burla, respondió:

—Es usted un dechado de amabilidad. Es una lástima que no la invierta en otro lugar. Maud y yo somos amantes de los paseos.

—Pronto oscurecerá. No es conveniente que la oscuridad las sorprenda por el camino.

Era cierto. El sol se estaba ocultando tras los viejos robles y los pájaros despedían la luz con cantos y bailes de regreso.

—No tema, señor Courtenay, seremos prudentes.

Antes de que Tess pudiera dar por zanjada la conversación, el hombre añadió:

—Entonces, esperaré ansioso a verla mañana en la cena. La señorita Southgate y sus padres también asistirán.

Ella asintió con los ojos. Saber que acudiría Maud le hacía más soportable la situación y, al fin y al cabo, no se sentía con ganas de volver a discutir con su padre.

—Las espero sobre las ocho.

Afortunadamente, después de estas palabras, se despidió. Tess miró a su alrededor y se dio cuenta de que, efectivamente, su padre había desaparecido.

En aquellos momentos, el señor Woddward ya había adoptado la decisión de agrandar a los votantes y el entierro se demoró para el día siguiente a fin de cambiar de sitio la tumba del señor Price y colocar en su lugar, al lado del cuerpo de la señorita Lansbury, la del octogenario granjero.

La encargada de comunicárselo a las dos jóvenes fue la señora Barrymore, la esposa del médico.

—Hubiera sido una lástima que los enterraran alejados —convino Maud.

—Eso pensamos todos —añadió la señora Barrymore—. Pero la hermana del señor Price no está nada contenta con la decisión. Se ha estado oponiendo a pesar de las quejas del resto del pueblo.

—Deberían hacer una buena tumba para el señor Price con intención de compensar a la familia. Después de todo, llegó a ser alcalde de Horston —comentó Maud.

—La señorita Price está exigiendo un mausoleo —les informó la señora Barrymore—. Dice que si no hay mausoleo, no autoriza el cambio de tumba. Pero Archibald Harding ha protestado porque piensa que, si el señor Price tiene un mausoleo por haber sido alcalde, su padre y todos los que han sido alcaldes de Horston merecen otro.

Tess, viendo que la conversación se alargaba, aprovechó ese momento para despedirse de ambas.

Regresó caminando al hotel, agradecida por no tener que hacerlo acompañada de su padre. Durante el trayecto, el recuerdo del forastero regresó a su mente, pero lo ahuyentó forzándose a pensar en el señor Farrell.

Nada más llegar al Maple Path, la señora Young salió a su encuentro y le preguntó por el señor Gardner.

—Creo que se ha quedado negociando con el señor Stevens. Ni siquiera se ha despedido de mí. O tal vez haya acudido a su granja para echar un vistazo a los animales —respondió la joven.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la vieja cocinera—. Esta mañana he oído que discutían.

—Es el tema de siempre, señora Young.

—¿El señor Courtenay?

—Sí. Me estoy planteando provocar algún escándalo que me convierta en una candidata indeseable. Estoy muy cansada de la presión que ejerce este tema sobre mí. Me siento una mercadería.

—No desespere, señorita Gardner. Verá cómo el señor Farrell le propone matrimonio en la próxima carta y podrá marcharse de aquí.

—¡Oh, señora Young! Mi padre me ha sacado tanto de quicio que le he confesado mi correspondencia con el señor Farrell.

Espero que eso no le sirva para romper nuestra comunicación. Estoy convencida de que lo hará si tiene ocasión.

—¿Sabe que las cartas las recibo yo?

—No. Eso hubiera supuesto un desastre.

—Entonces, no hay problema, señorita Gardner. En estos asuntos soy muy discreta y sé cómo manejar a su padre. Llevo muchos años a su servicio.

—Ha tenido usted mucha paciencia.

—Es más difícil como padre que como amo, aunque reconozco que mi marido y yo somos cumplidores. Cuando algún empleado no se ha comportado como debía, su padre no ha tenido piedad en sus represalias.

Tess no respondió. Le dedicó una sonrisa de agradecimiento y le pidió que enviara a una criada con la cena a su habitación.

—Prefiero cenar sola, no vaya a ser que mi padre regrese pronto y tenga ganas de discutir —se justificó.

—He preparado pastel de manzana. He supuesto que hoy necesitaría algo que le alegrara el día.

—Es usted muy amable, señora Young.

—Por cierto, hay un hombre en la terraza de atrás que ha preguntado por el señor Gardner.

La sonrisa de Tess se vio borrada en un instante y un presentimiento la sobrecogió.

—¿Quién es? —preguntó alarmada.

—Parece forastero. Tendrá unos treinta años y es muy alto. Me ha dado la impresión de que busca trabajo.

—Dígale a su marido que lo eche. No necesitamos a nadie.

—No estoy segura de eso. Woods ha tenido un accidente y necesitamos a alguien que se encargue del embarcadero mientras él se recupera.

Tess hizo un gesto de desagrado, pero no insistió en su demanda. Luego, subió a sus estancias antes de que regresara su padre.

IV



El día amaneció soleado, aunque unas nubes lejanas y oscuras amenazaban con robar ese esplendor. Tess abrió las cortinas, se aseó y luego bajó a desayunar con el servicio. Antes de entrar en las estancias, pasó por el vestíbulo, saludó a unos clientes primero y después al señor Young, que atendía la recepción.

Nada más entrar, echó un vistazo general para cerciorarse de que el forastero no se encontraba allí y, de alguna manera, se sintió más tranquila cuando no lo vio. La señora Young la saludó y Tess también le dio los buenos días.

—Su padre ha salido muy temprano esta mañana. Parecía ansioso.

Mientras Tess se servía café y se sentaba a la mesa, respondió:

—Supongo que habrá ido a la granja del señor Stevens. Ayer estuvieron negociando. Por favor, ¿me alcanzaría el azúcar?

La señora Young le pasó el azucarero, que se encontraba en una alacena, y luego añadió:

—No lo creo. Acaba de llegar un pedido de carne. Debieron de llegar a un acuerdo ayer.

—Es posible que haya partido hacia el funeral del señor Hubert, aunque lo dudo, ya que no está previsto hasta mediodía.

Espero que no llueva —especulé y, como quien no quiere la cosa, añadió—: Supongo que no contrataría al forastero de ayer.

—Sé que estuvieron charlando un rato, pero no debieron llegar a un acuerdo, porque después él se fue y el señor Gardner no nos ha dicho nada sobre un nuevo empleado. Y no creo que llueva, el viento está alejando las nubes.

Tess removió el té con leche con cierta satisfacción y se sirvió en el plato un trozo de pudín, pero el buen humor se le pasó en cuanto recordó que esa noche tenían que ir a cenar a casa del señor Courtenay.

—¿Cuál diría usted que es el vestido que peor me sienta? —le preguntó de pronto a la encargada de cocina.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿O acaso piensa regalar alguno a la Iglesia? —preguntó sorprendida la señora Young.

—¡Ay! En realidad no sé qué hacer para que el señor Courtenay pierda su interés en mí. Le aseguro que no me he mostrado con él como debería, no he sido lo que se llama precisamente agradable. Pero él obvia mis comentarios malintencionados y continúa en su empeño. No sé si es un hombre demasiado benevolente o demasiado estúpido. Ninguna de las dos características me parece respetable. —Y, tras reflexionar unos instantes, añadió—: ¿Cree que el verde está suficientemente desgastado? Tal vez, si le añado una mancha de mantequilla...

La señora Young le dedicó una mirada benévola.

—El señor Courtenay es demasiado viejo. Y el señor Gardner le hace creer que tiene expectativas, así que, por muchos vestidos desgastados que lleve, manchas de mantequilla o palabras desagradables que le dedique, no lo hará desistir.

—Tiene usted razón. O no. Tal vez, si aparezco desnuda...

—¡Por Dios! ¡No me haga blasfemar! Ya bastante escandaliza usted a su padre prefiriendo comer con nosotros en lugar de hacerlo en el comedor principal.

—Sabe usted que no hablo en serio... por el momento —bromeó, y el tono humorístico de su voz tranquilizó a la señora Young.

En aquel momento, una limpiadora entró en el comedor del servicio como si buscara algo o a alguien y, cuando reparó en Tess, comentó:

—¡Oh! ¡Está usted aquí! El señor Gardner me ha pedido que le diga si puede usted hacer el favor de ir a la biblioteca a buscar un libro para la señora Harper.

—¿La señora Harper?

—La huésped de la habitación 107, una señora que...

—Sí, la recuerdo —la interrumpió Tess—. ¿Y por qué tengo que ir yo a buscar un libro? ¿Por qué no se lo ha pedido a Sam?

—Los Harper han salido hoy de excursión a Candish. Regresarán tarde. Y Sam ha pedido el día libre para acudir al funeral del señor Hubert —señaló la limpiadora.

—¿Todo el día libre para un funeral? —se extrañó—. Bueno, iré y, de paso, cogeré otro para mí. Hace tiempo que Maud me insiste en que lea una novela francesa. ¿Sabe dónde está mi padre, Amy?

—Se está cambiando para acudir al funeral. Acaba de llegar, pero ignoro dónde ha estado. Ya sabe que no suele contarme sus cosas a mí, y menos últimamente, con el humor que trae porque usted no se decide a casarse con alguno de sus pretendientes.

—Entonces, ¿cómo sabré de qué libro se trata?

—Lo tengo apuntado en esta nota —dijo la mujer al tiempo que le entregaba el papel.

—Bien, entonces, iré en bicicleta a Horston, no vaya a ser que mi padre pretenda hacer el camino conmigo. —Y dicho esto, se pasó la servilleta por los labios y, a continuación, añadió—: Muy bueno el pudín, señora Young.

Pero la señora Young no sonrió. Sentía mucho aprecio por Tess y le dolía que la relación con su padre fuera siempre tan tensa. No podía decir que no la entendiera. De alguna manera, lo ocurrido en el pasado la ponía en contra de él. La muerte de la señora Gardner, aunque él quisiera negarlo, tuvo que ver con la apatía en la que ella quedó sumida cuando su marido le quitó a su hija. Y esa era una idea muy arraigada en el alma de Tess.

Su abuela, la señora Barnes, siempre había acusado a Colin Gardner de ser el causante de la muerte de su hija, es decir, la madre de Tess. Los disgustos continuados y, luego, el definitivo fueron, según ella, el motivo por el que su hija se había ido apagando hasta perder el último aliento. Y como la señora Barnes

murió cuando Tess ya había cumplido los catorce años, tuvo tiempo suficiente para inculcarle esa creencia a su nieta.

Desde que recordaba la señora Young, los fuertes caracteres de padre e hija chocaban en cuanto se dirigían la palabra y mucho más desde que Colin Gardner se había empeñado en buscar un marido para ella pensando que era lo mejor que podía hacer por Tess. Y eso ocurría desde que su hija había cumplido la mayoría de edad, hacía ahora más de tres años; sin duda, los más turbulentos de su relación, recordó la encargada de cocina.

El señor Gardner había sido un hombre corpulento y de complexión fuerte, aunque a día de hoy estaba más grueso que fornido. Su sola presencia imponía y, si además sumamos su carácter autoritario, a veces grosero, no era fácil en el trato, aunque la señora Young había aprendido a relacionarse con él sin encontronazos. No así su hija, que también era decidida y lo enfrentaba sin dejarse amedrentar, aunque lo cierto era que a nadie más trataba con aquella insolencia tan suya, sutil e irónica, pero inflexible.

Mientras Tess salía de la zona de servicio, la señora Young regresó de su viaje por la memoria y la observó con cariño. La hija del señor Gardner abandonó el hotel y se dirigió decidida a buscar su bicicleta. Lo cierto es que a la joven le apetecía más caminar, pero pensó que ya lo haría a la vuelta. Ahora, lo prioritario era que su padre no volviera a insistirle sobre las supuestas bondades del señor Courtenay.

En cuanto salió del sendero de los jardines del hotel, se sintió aliviada. Pedaleaba despacio para no acalorarse y, a medida que ganaba en confianza, su mirada se dispersaba contemplando las llanuras soleadas a un lado y la zona arbolada, al otro. Las nubes, que habían amenazado el día a primera hora de la mañana, se estaban alejando y eso le infundía ánimos, pues no era una muchacha que se dejara llevar por el mal humor.

Cuando cogió la curva a mitad de trayecto, un obstáculo la obligó a detenerse. Frenó y se quedó contemplando el camino, como si estudiara sus posibilidades. Al principio pensó que había habido un accidente, porque vio un artilugio de trillar tumbado en el punto en el que el camino se estrechaba. Si, en efecto, había sido un accidente, al menos se habían molestado

en desenganchar al animal, porque no se veía ningún burro ni buey ni caballo alrededor, pero Tess se sintió indignada de que no hubieran dejado la trilladora arrinconada de tal modo que no molestara. Lo perfecta que había quedado colocada para obstruir el paso le hizo sospechar, de pronto, que aquello podía ser intencionado. Pero, ¿quién querría hacer algo así? Se bajó de la bicicleta con la idea de bordear el obstáculo por la zona arbolada, porque, por la otra, la inclinación ofrecía mayor dificultad. Avanzó sin dejar de mirar la trilladora, aún asombrada de su presencia allí. Al cabo de unos segundos se sobrecogió, cuando notó que un brazo la agarraba de la cintura al tiempo que otro cruzaba sobre su cuello. Emitió un grito que quedó ahogado en su propia sorpresa porque aún no sabía quién la retenía. Se sintió aprisionada en un instante y el sobresalto le hizo lamentar por un momento que su padre no la hubiera acompañado. Intentó pegar un codazo, incluso una patada, pero la persona que la estaba reteniendo era fuerte y ni siquiera le permitía girarse.

Notó que una cuerda se deslizaba cerca de su cintura y, de pronto, una mano aprisionó sus brazos para rodearlos con la cinta y dejarlos atados a su espalda por las muñecas. Intentó girarse de nuevo y ver quién era su agresor, pero un pañuelo cruzó ante su faz y notó que de pronto perdía toda la visibilidad. Habían vendado sus ojos y eso la puso aún más nerviosa. Empezó a gritar con la esperanza de que alguien la escuchara y pudiera socorrerla, pero no se había cruzado con nadie por el camino e imaginaba que la mayoría de hombres del pueblo estarían, en aquellos momentos, dirigiéndose al cementerio para el entierro del señor Hubert.

Sus gritos sólo consiguieron que el agresor le tapara la boca con violencia, pero ella no se amedrentó y le mordió la mano con tal virulencia que, aunque él no se quejó, por su reacción, pues la apartó de inmediato, notó que le había hecho daño. Pero como ella volvió a aprovechar para pedir ayuda con chillidos no siempre bien articulados, inmediatamente él la amordazó. Todo estaba ocurriendo tan deprisa que ella sólo iba tomando conciencia de lo que ya había sucedido cuando era demasiado tarde. El hecho de que aquel tipo fuera tan bien provisto de artilugios para retenerla y del trabajo que se había tomado para llevar la trilladora

hasta allí no le dejaba ninguna duda de que estaba esperando a una víctima.

Sin embargo, ignoraba sus intenciones. En ese momento de dudas, sintió que su cuerpo se elevaba porque los brazos del desconocido la levantaron de un modo indecoroso. Notó que él avanzaba y la condujo así durante unos pasos hasta que Tess comprobó que la colocaba a lomos de un caballo. Si hasta ese momento había sentido la necesidad de recuperar la bicicleta, ahora se olvidó de todo y se limitó a sentir miedo. Mientras estuviera en las cercanías de Horston, estaba segura de que la encontrarían, pero si se alejaba de allí, su salvación ya no era tan probable.

Pataleó para evitar que se la llevaran, pero sus movimientos no sirvieron de nada.

De pronto, sospechó que no era una casualidad que la secuestraran precisamente a ella y deseaba que el motivo de esa agresión fuera el de pedir dinero a su padre. Cualquiera otra posibilidad la asustaba demasiado como para dedicarle un pensamiento. Un asaltante de caminos se hubiera limitado a arrebatarle todas sus joyas pero, de momento, ella continuaba con los pendientes de perlas que habían sido de su madre y el colgante de oro en su poder.

Cuando notó que el agresor se disponía también a subir al caballo, oyó un disparo lejano que, en lugar de tranquilizarla, la asustó aún más. Instintivamente se tumbó sobre el animal y procuró hundir la cabeza en su pelaje. El bandido también montó sobre el caballo, empujándola hacia delante sin ninguna delicadeza. Sonó otro disparo, esta vez más cercano, y Tess se sujetó al cuello del animal sabiendo que su secuestrador se alejaría a toda prisa en cuanto agarrara las riendas. Sin embargo, pasaron unos segundos y no intentó huir, aunque el caballo se movió primero un paso adelante y, a continuación, otro hacia atrás.

De repente, se oyó una voz que gritaba:

—¡Suéltela, maldito bastardo!

Tess apretó los ojos, a pesar de tenerlos vendados, como agradeciendo que alguien interviniera en su defensa. Deseó con todas sus fuerzas que el desconocido desistiera de sus intenciones y, sorprendentemente, notó que la ayudaba a descender y la

depositaba, esta vez con cuidado, en el suelo. Luego, oyó cómo se alejaba el caballo en el que había estado montada. Meneó las muñecas a fin de intentar zafarse de las cuerdas, pero no lo logró.

Un grito la hizo quedarse quieta.

—¡Señorita Gardner! ¿Se encuentra usted bien?

Ahora reconoció la voz del señor Courtenay y, por primera vez, se alegró de su presencia. No pudo contestar porque la mordaza se lo impedía, pero procuró girarse hacia el lugar en el que, según intuía, se encontraba su pretendiente. Permaneció quieta, mientras escuchaba que él desmontaba y se dirigía hacia ella. Luego, sintió los ojos libres y se giró hacia la zona arbolada para ver si quedaba rastro de su agresor. Pero no distinguió a nadie y se sorprendió de la velocidad de un jinete que al principio había considerado torpe.

—Ha tenido usted suerte de que apareciera en este preciso momento —comentó el señor Courtenay.

En cuanto él le quitó la mordaza, ella le agradeció su intervención. Después, permitió que la liberara de la cuerda que ataba sus manos y sólo entonces volvió a sentir el vértigo de lo que pudo haber pasado.

—No debería andar sola —la reprendió el señor Courtenay.

—Hasta ahora nunca había pasado nada... —se justificó—. Me ha dado la sensación de que ese hombre me estaba esperando. Ha colocado esa trilladora y no ha tocado mis joyas. Probablemente conozca a mi padre y lo que buscaba era un rescate. ¿Lo ha reconocido?

—No, llevaba un sombrero que le tapaba los ojos. Además, yo estaba lejos, pero puedo decir que no lo había visto nunca.

—Si no lo ha visto bien, no podemos descartar a nadie. Sin duda, era un hombre fuerte y alto.

—Es posible. Pero no debe preocuparse por nada. Yo estaré a su lado siempre para protegerla.

Tess arqueó una ceja sorprendida por la arrogancia, pero no hizo ningún comentario mordaz porque se sentía benevolente con su salvador.

—Es una suerte que usted llevara una pistola.

—Siempre voy armado. Uno nunca sabe qué puede ocurrir. Además, hay animales peligrosos.

—¿Se refiere a las ovejas o a las cabras? —Esta vez no pudo evitar la ironía, aunque se arrepintió enseguida. Pero lo cierto era que no recordaba haber visto nunca armado al señor Courtenay.

Cuando se disponía a recoger la bicicleta, el señor Courtenay se anticipó y la ayudó a bordear la trilladora. Luego regresó para recoger su caballo y también bordeó el camino para llegar hasta ella.

—Espero que, al menos en un momento como este, me permita acompañarla hasta el pueblo. Yo me dirijo al entierro.

V



Caminaban uno al lado del otro y, mientras Tess empujaba la bicicleta, el señor Courtenay tiraba de las riendas de su caballo. Si no se hubiera sentido tan impresionada por lo ocurrido, hubiera alegado alguna excusa, pero debía reconocer que en aquel momento deseaba su compañía, cualquier compañía, pues su corazón aún latía impresionado. Él la escoltó hasta el pueblo y, durante todo el trayecto, procuró darle conversación, aunque Tess respondía con monosílabos. El señor Courtenay apenas mencionaba el incidente y no se lo veía nervioso, algo que no dejó de sorprender a la joven, que lo tenía por una persona más pusilánime.

Sin embargo, ella no se había recuperado aún del impacto que le había causado el suceso y no dejaba de pensar en quién podría haber intentado algo así y qué habría podido ocurrir de no haber intervenido su acompañante. Por un momento sospechó del forastero, pues a todas luces se notaba que necesitaba dinero y sabía que ella era la hija de un importante hostelero. Y era un hombre alto. Pero también era alto Nicholas Wayne, el dueño de la herrería, quien últimamente la observaba mucho y de forma intensa y extraña.

En esos momentos recordó que, hacía dos años, su padre había encargado los arreglos de hierro de Maple Path a una forja de

Sunday Creek y se preguntó si Nicholas Wayne habría querido vengarse por ello. No le pareció un motivo de peso, pero el hecho de haberse sentido observada por él durante los últimos meses hizo que la sospecha se afanzara en su mente. También especuló, en la maraña de pensamientos confundidos que la sobrecogían, sobre por qué su padre no había hecho el encargo a la herrería local en lugar de realizarlo en otro pueblo y eso le hizo pensar que tal vez existiera alguna animadversión entre ambos. Que ella recordara, nunca habían tenido relación con el señor Wayne. Pero su padre no era hombre que confiara en ella para esas cuestiones.

—¿Le parece bien? —le preguntó el señor Courtenay sacándola de su abstracción.

Tess se dio cuenta de que él llevaba un rato hablando sin que ella lo hubiera escuchado y fingió una sonrisa.

—¿Perdón? —preguntó sin remordimientos.

—Le decía que puede esperarme en la biblioteca y yo pasaré a buscarla en cuanto termine el entierro. Así no correrá ningún peligro durante el regreso.

—Llevo la bicicleta. Y ahora mismo me dirigiré a la comisaría de Policía para denunciar el suceso y encargar que retiren la trilladora. —Pero como vio que el señor Courtenay pensaba insistir, añadió—: Estaré bien. Si, como dice usted, no se trata de nadie del pueblo, seguro que ya habrá escapado a otro lugar.

—No creo que sea conveniente. Además, usted estará no sólo más segura, sino también más tranquila en mi compañía.

—No insista, señor Courtenay. No puedo pasarme la vida dependiendo de los demás —respondió a su pesar, pues le hubiera gustado no regresar sola, pero no quería dar esperanzas a ese hombre ni que confundiera su momentánea debilidad con un agradecimiento sincero.

—Pero cuando se case, dependerá de su marido.

—No tengo ninguna intención de depender de nadie. Es mejor que lo entienda y no sea tan insistente. Gracias por lo que ha hecho. Le deseo un buen día —dijo al tiempo que montaba en su bicicleta y comenzaba a dirigirse hacia el centro, mientras él tomaba el camino que conducía a la iglesia. El orgullo, una vez más, se impuso a sus miedos.

Pero en lugar de encaminarse a la comisaría, Tess giró en la primera calle en dirección a la herrería. Quería comprobar que Nicholas Wayne se hallaba allí. La sensación de que aquel hombre tenía algo que ver con el ataque se iba haciendo cada vez más fuerte.

Cuando llegó, encontró a uno de los empleados y preguntó por el dueño.

—Ha ido al entierro del señor Hubert —le dijeron.

—Gracias —respondió sin que ello apartara sus dudas. En realidad, Nicholas Wayne había tenido tiempo de atacarla y luego acudir al entierro como si no hubiera pasado nada. Seguía sin poder descartarlo. Ni acusarlo.

En cuanto hablara con su padre, trataría de averiguar si el señor Wayne era inocente o tenía algún motivo de revancha. Cada vez estaba más convencida de que algo había ocurrido entre ambos, pues no se explicaba por qué nunca lo había contratado para los arreglos del hotel. Pero, por el momento, prefirió callar.

Se dirigió hacia la comisaría, todavía ensimismada en sus sensaciones, sin saludar a unas conocidas que paseaban porque no tenía ojos más que para recrear una y otra vez las últimas imágenes que vio antes de que se los taparan.

Una vez en comisaría, refirió todos los hechos con determinación, más que como una denuncia, como una exigencia de que el agravio fuese reparado. Sin embargo, no añadió que tuviera sospechas sobre Nicholas Wayne porque nada podía avalarlas.

El policía que tomaba nota, preguntó:

—¿Alto y fuerte?

—Sí, es lo único que puedo saber. Ya le he dicho que me colocó una venda en los ojos.

—¿Y el señor Courtenay no lo reconoció?

—No, se encontraba lejos y el agresor llevaba un sombrero que le cubría medio rostro.

—Bien, enviaremos a alguien inmediatamente a retirar cualquier cosa que obstaculice el paso. Probablemente, el dueño de la trilladora no sepa nada. De momento, sea prudente y procure no andar sola. No sabemos si ese hombre la atacó porque usted era la que pasaba por allí en esos momentos o si su intención era directamente contra usted. De tratarse del segundo supuesto, es probable que vuelva a intentarlo.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Puede haber muchos motivos. Un pretendiente despechado, la solicitud de un rescate, una venganza contra su padre...

—¿Una venganza contra mi padre? ¿Quién tiene algo contra él?

—El carácter de su padre no es precisamente conciliador. Ya fue sospechoso de un crimen en una ocasión.

—Tengo entendido que eso fue hace más de veinte años. Y resultó inocente —protestó, más que con intención de defender a su padre, con la de centrar las investigaciones de la policía en algo más sólido—. Aquello sólo fueron chismorreos de la señorita Whittemore.

—Si el señor Price estuviera vivo, sospecharíamos de él —comentó el comisario haciendo caso omiso de sus palabras—. Pero él y su esposa murieron y ninguna de sus hijas reside aquí, únicamente una hermana de él, y es muy mayor.

—Yo descartaría a esa señora.

—Debo reconocer que, a pesar de su edad, aún tiene carácter. Ayer no hacía más que poner pegas a que cambiaran la tumba de su hermano.

Tess sabía que su padre había sido amante de una de las hijas de los Price y que ese había sido el motivo por el que su madre lo había abandonado. Así que prefirió no ahondar en el tema y, viendo que la policía no iba a suponer una gran ayuda, se levantó. Sin embargo, antes de irse, recordó algo que le pareció relevante:

—Lo mordí en una mano —dijo ya en la puerta—. Es posible que le haya quedado señal. Fue la mano izquierda, entre el pulgar y el índice.

—Gracias, lo tendremos en cuenta. Y también entrevistaremos al señor Courtenay, por si recuerda algo más. Confíe en nosotros. Buenos días, señorita Gardner.

—Buenos días —respondió al tiempo que se levantaba insatisfecha de la silla y se disponía a salir.

A continuación, fue a la biblioteca a hacer el recado para la señora Harper y, de paso, cogió el libro *Philippe Derblay* para ella misma. Aunque cuando lo tuvo en las manos, dudó un momento sobre si seguir leyendo más libros de temática amorosa como los que le recomendaba Maud. Temió que las ideas románticas

podieran nublar su determinación de acceder a un matrimonio sin amor y que acabaran convirtiéndose en un obstáculo a la hora de marcharse a Australia. A pesar de esas reticencias, descartó que ella fuera una presa fácil para la debilidad y finalmente decidió quedárselo. Al salir, lo colocó en la cesta de la bicicleta, junto con el de la señora Harper, y los anudó para que no cayeran.

Como pensaba que la policía aún no habría retirado la trilladora, se acercó a visitar a la señora Southgate y a su hija, pero una criada le dijo que habían salido. Con la única intención de que pasara el tiempo a fin de que el camino quedara despejado, se dirigió a la Holstead's Gallery y pasó más de media hora contemplando la exposición de insectos exóticos que se encontraba allí y por la que Horston recibía turistas sólo para visitarla. Los insectos estaban catalogados según su procedencia, y no su especie o familia, y también había expuestos mapas de los lugares y fotografías de los animales vivos.

Salió de allí tan inquieta como había entrado. La visión de aquellos bichos no la ayudó a tranquilizarse ni a olvidarse de lo que acababa de ocurrir. Lo cierto era que su secuestrador no la había lastimado pero, de vez en cuando, se contemplaba las muñecas como si quisiera cerciorarse de que ya no las tenía amarradas. Se sentía indignada ante el hecho de que no hubieran respetado su libertad.

En esta ocasión, regresó al hotel observando con detalle cuanto ocurría por el camino. No quería que volvieran a sorprenderla. Cuando llegó al lugar donde se encontraba la trilladora, se tranquilizó. Allí había dos policías y la trilladora ya había sido apartada del camino, aunque aún no la habían retirado.

—Ahora inspeccionaremos la zona —le comentó uno de ellos en cuanto la vio, pero Tess sabía que a esas alturas ya no encontrarían ni rastro de su agresor.

Prosiguió su camino y, cuando llegó al hotel, no supo por qué, sintió la necesidad de darse un baño. Quería desprenderse de cualquier sensación de apesamiento que pudiera quedar sobre su piel, así que subió a sus aposentos antes de hablar con nadie y se ocupó ella misma de calentar el agua.

Cuando por fin se sintió más relajada, salió de la bañera y, tras vestirse, se dejó caer sobre la cama. Su cabeza continuaba siendo

un foco de imágenes de lo ocurrido, pero ahora perdían nitidez y se difuminaban como en la vaguedad de un sueño.

Poco antes de la hora del almuerzo, alguien aporreó su habitación y la sacó bruscamente de su letargo.

—¡Tess! ¡Tess! ¿Estás bien? —preguntaba su padre al otro lado de la puerta.

Ella se levantó de golpe y abrió dispuesta a escuchar sus lamentos, pues supuso que el señor Courtenay le habría informado durante el entierro del señor Hubert de lo ocurrido en el camino. Se avecinaba tormenta.

—¡Por el amor de Dios, Tess! ¡Dime que estás bien! —exclamó nada más entrar, observando a su hija de arriba abajo como si en ella pudiera encontrar algún rastro del incidente.

—Por supuesto que estoy bien, sólo ha sido un susto.

—Si no llega a ser por el señor Courtenay, no sé qué habría podido pasar. Deberías estarle muy agradecida por su valor.

—Y le estoy agradecida, padre. Pero estoy bien, no dramatice.

—¿Sólo agradecida?

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, irritada por esa insinuación.

—¿Qué más tiene que ocurrir para que te cases con él? ¡Ha arriesgado su vida por ti!

—Eso es demasiado decir, padre. El señor Courtenay iba armado. Y no es que ese tipo fuera muy buen jinete —respondió, recordando que su secuestrador no había huido al oír el primer disparo, sino que el caballo había vacilado antes de partir y eso había permitido que el señor Courtenay se acercara.

—¡No me puedo creer que seas tan ingrata! Ahora no tienes excusas para rechazarlo. ¡Hoy mismo puedes escribir a tu señor Farrell y advertirle de que ya estás comprometida!

—¡Oh! ¿Así se preocupa usted por mí? ¿Sólo piensa en sacar beneficio de mi desgracia? ¿No va a preguntarme cómo estoy, cómo me siento?

—¿Desgracia? ¡No ha habido ninguna desgracia precisamente por la intervención del señor Courtenay!

—¡Mucho insiste usted en recordármelo!

—No puedes negar que le debes tu integridad —insistió.

—¡Pero eso no me compromete con él! —protestó a su vez ella.

—Tess, no me hagas enfadar —comentó el señor Gardner, bajando la voz e intentado dar una apariencia de tranquilidad.

—Pues usted no insista siempre con lo mismo.

—Al menos, prométeme que, si esta noche te invita a bailar, serás amable con él.

—Claro que seré amable con él. Se ha portado bien, pero de ahí a pensar que le debo mi libertad...

—¡Tu libertad! ¿Y crees que vas a encontrar algún tipo de libertad en Australia? —se burló con sarcasmo, pues anteriormente aquel país había sido considerado una cárcel para cualquier británico.

—Eso es asunto mío. Ya soy mayor de edad para disponer de mi futuro como desee.

El señor Gardner emitió un sonido parecido a un gruñido y, luego, desistió de seguir discutiendo. Al fin y al cabo, su hija le había prometido ser amable con el señor Courtenay y eso ya era un gran avance. Con esa pequeña satisfacción, se disponía a salir pero, antes de que se marchara, Tess le preguntó:

—¿El señor Wayne estaba en la comitiva del entierro?

—¿Por qué me preguntas por Wayne? —respondió a su vez con otra interrogación el señor Gardner, visiblemente sorprendido por esa cuestión.

—Por curiosidad. —Fingió.

—¡No me he fijado! —respondió el señor Gardner, todavía desconcertado por la pregunta, pero con notables ganas de zanjar el asunto.

Y, no supo por qué, a Tess le dio la impresión de que su padre mentía. Esa sensación la silenció unos instantes y, cuando quiso preguntarle algo más, su padre ya se había marchado.

Diez minutos después, ambos almorzaban en el salón principal con unos huéspedes y eso evitó que la discusión se repitiera, sobre todo porque su padre le había pedido que no contara nada de su incidente con el fin de no asustar a la clientela. Si se sabía que en Horston había bandidos, los turistas no se acercarían al lugar. Esas noticias se propagaban muy deprisa en Inglaterra.

Por la tarde, Tess dio un pequeño paseo por las zonas ajardinadas del hotel, procurando en todo momento que hubiera alguien

conocido cerca, aunque se negaba a sí misma que tuviera miedo de que se repitiese el asalto. Luego, subió a su habitación a empezar la lectura de su nuevo libro antes de arreglarse para la maldita cena.

Ya en casa del señor Courtenay, aprovechó el aperitivo para acercarse a su amiga Maud y contarle lo ocurrido aquella mañana. Cuando vio que ella se asustaba al escuchar la narración de su secuestro, Tess le pidió que disimulara y guardara la confidencialidad del asunto. Si trascendía, alguien podía pensar que la ofensa había sido más grave que la real. Y los cotilleos se multiplicarían hasta convertir la historia en un agravio irreparable.

Durante la cena, Tess tuvo que aceptar sentarse al lado del señor Courtenay y responder con amabilidad a todas sus deferencias. Maud la miraba sorprendida y su rostro fue muy elocuente al ver que Tess aceptaba sin rechistar la propuesta de baile que le hacía el dueño de la casa mientras el señor Gardner sonreía complacido.

Tras el vals, Maud los vio desaparecer hacia las terrazas y continuó sin dar crédito a la actitud condescendiente de su amiga. ¿Habría cambiado de idea con respecto al señor Farrell? ¿Se sentía tan agradecida al señor Courtenay que estaba dispuesta a acceder a sus deseos?

Sin embargo, cinco minutos después, cuando Tess regresó del balcón con el señor Courtenay, la expresión de este último delataba que no todo había salido tal como tenía previsto.

Maud notó que él y Tess no volvieron a hablarse durante el resto de velada y, cuando el señor Gardner se acercó al señor Courtenay, este se limitó a cruzar unas palabras con él y el padre de Tess se sintió contrariado ante ellas. Luego, se dirigió a su hija y Maud pudo escuchar que le reprochaba:

—¡Una cosa es que hayas rechazado al señor Courtenay y otra que lo hayas hecho en términos impios!

—Era el único modo de disuadirle, padre, se negaba a aceptar un no por respuesta —respondió ella con fingido tono meloso.

Y esta fue la última ocasión en que Maud vio a su amiga aquella noche, pues el señor Gardner agarró a su hija del brazo y ambos abandonaron el lugar sin despedirse de nadie.